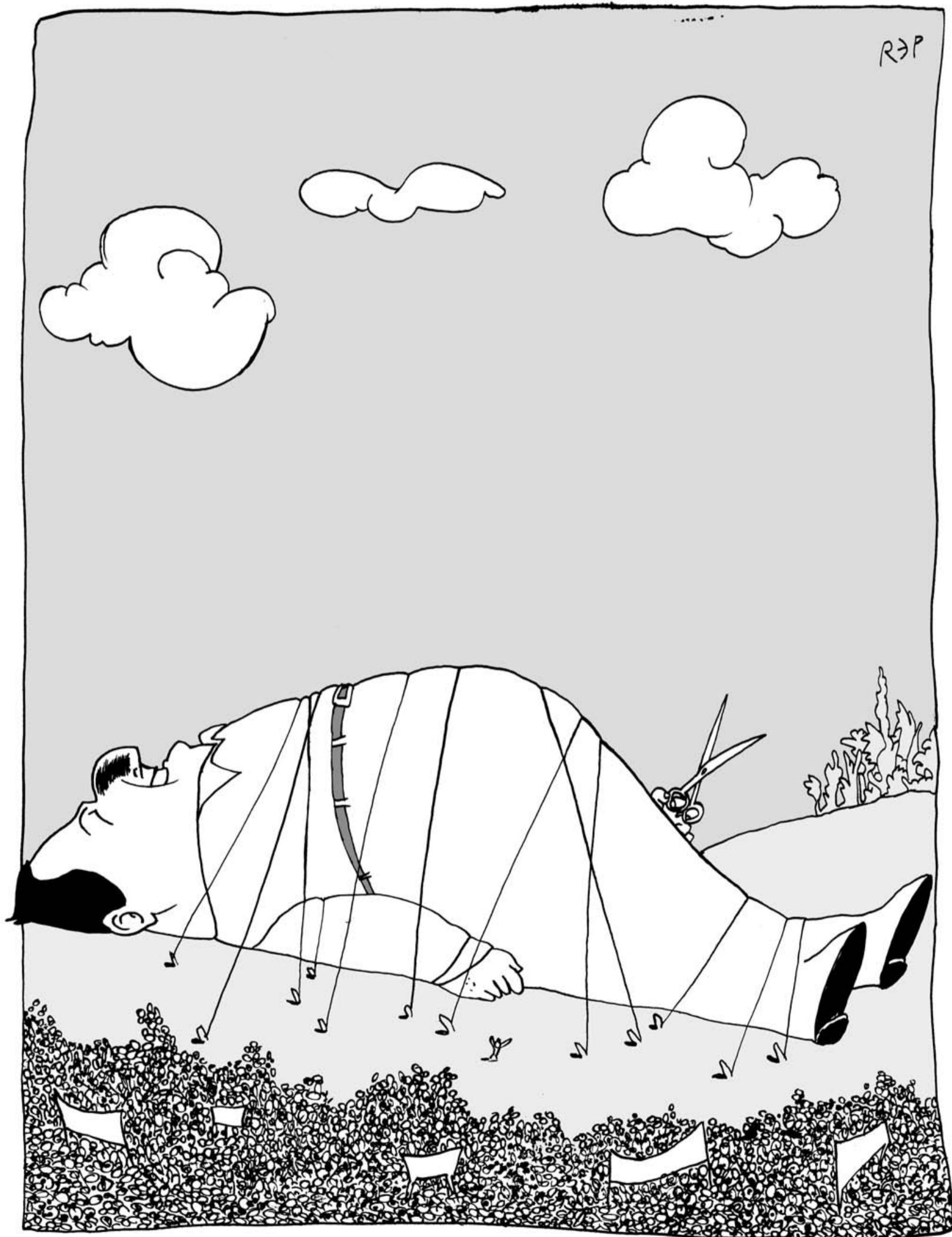


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

54 Las "genialidades" del Viejo



con que se presenta ahora el peronismo: “Se presenta con un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas”. Esta era la contundente, la latente y macabra preocupación –que podría transformarse en ira en cualquier momento– que el poderoso Ejército Argentino de entonces (¡tan mal valorado por la militancia revolucionaria, heredera del voluntarismo del Che!) cobijaba acerca del peronismo. “Un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad.” La izquierda peronista –acusada de reformista y burguesa por el ERP– era irrefutablemente marxista para el comandante del Primer Cuerpo. Eso, jamás lo aceptarían. Sánchez de Bustamante dice entonces que la única garantía frente a eso es “que las FF.AA. se comprometan consigo mismas a hacer que determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, más allá de la transferencia del poder” (J. P. F., *Ibid.*, p. 24). La guerra, su hipótesis central de conflicto, quedaba perfectamente dibujada: si la agresiva fisonomía marxista del peronismo, por medio de su tremenda agresividad, atacaba los valores y las pautas que regían el país, las FF. AA. habrían de intervenir. Tránsito o no del Poder. Porque el poder no se transfería. Sánchez de Bustamante, con sinceridad inequívoca, supo decirlo: “Frente al slogan de ‘Cámpora al Gobierno, Perón al Poder’, yo le antepongo este: ‘Cámpora al Gobierno, el Ejército al Poder’” (J. P. F., *Ibid.*, p. 24). El texto se publicó en *Nueva Plana* y yo lo incluí en mi trabajo sobre las FF.AA. de mayo de 1973. Ahí está todo. Dentro de ese encuadre viene Perón. Vamos a decirlo de una vez por todas: *Perón no regresa para hacer la patria socialista, ni siquiera regresa para hacer la patria peronista*. Regresa para hacer el Gran Acuerdo Nacional con toques de la genuina sensibilidad popular que define al movimiento. Gran Acuerdo Nacional más Estado de Bienestar keynesiano. Pero sobre todo, general Perón, usted regresa para conjurar el demonio que ha desatado, que ha alimentado, al que le ha puesto el nombre sonoro y algo pomposo de *Formaciones especiales*. A usted lo aceptamos. A usted con sus marxistas, no. Es más: lo aceptamos porque acaso pueda frenarlos sin sangre. Comprométase a eso. De lo contrario, lo mandamos de vuelta a Madrid y los frenamos nosotros. Pero el costo es un baño de sangre que por ahora queremos evitar.

¿Por qué creen ustedes que los de Kirchner y Cristina son dos gobiernos tan odiados por la derecha y por las clases altas? Con esos gobiernos, por primera vez desde 1955, regresó el peronismo que les molesta. Lo explico: cae Perón en 1955. Todo bien. Se aniquila a Lonardi, salida negociadora, y empieza la persecución gorila. Perón los había incomodado seriamente. No lo aguantaban un minuto más. Quieren borrarlo del mapa. No pueden. La desperonización es imposible. Aramburu, en 1970, propone la primera salida racional: respeto por la “soberanía popular”. Integrar al peronismo al sistema democrático. Los Montos lo matan. Aparecía el efecto más indeseado de la proscripción gorila: “la fisonomía marxista del peronismo”, una fisonomía de “tremenda agresividad”. Santucho se sorprendería: “Marxistas o trotskistas o zurdos verdaderos somos nosotros”. No, Santucho. El marxismo preocupa en serio cuando prende en las masas. Cuando gana “el corazón de las masas”, como decía Marx, a quien tal vez leíste escasamente. Los Montos, pese al origen monaguillesco de su conducción, habían tenido la sagacidad de mezclarse con las masas. *Abi se torna peligrosa una vanguardia*. Si no, no pasará jamás de ser un conjunto de locos, de aventureros aturridos por la teoría del foco insurreccional, esa desgracia. Por eso los Montoneros, para Sánchez de Bustamante, que sabía lo que decía, sabía hacia dónde apuntar sus cañones y hacer fuego, “el marxismo”, la fisonomía de “tremenda agresividad” que presentaba el peronismo era su ala izquierda. Perón pacta su regreso y viene a frenar lo que alentó. Las *Formaciones especiales*. ¿No fueron arcilla blanda en manos del viejo genial? ¿Cómo negar que alguna “genialidad del Viejo” los va a desarmar no bien aterrice en la patria? El “ala izquierda”, en su expresión armada, eran los Montoneros, pero la Jotapé tenía una masividad y hasta un estado interno deliberativo de gran riqueza. Era temible. Eran demasiados. Eran todos los sectores medios estudiantiles (en Francia esos sectores habían hecho el Mayo del ’68),

los médicos, los psiquiatras, las comisiones internas de las fábricas que rehuían a la burocracia cegetista, los militantes de las villas. ¿Qué se puede decir? Dos millones y medio de personas fueron a Ezeiza a buscar a Perón. No eran todos Montoneros. Eran parte de esa globalidad que era la Jotapé, hegemonizada, sí, por Montoneros, pero autónoma y muy creativa en miles de aspectos. *Todo esto era marxismo puro para los militares. Subversión, alzamiento, situación pre-revolucionaria*. No podían permitirlo. Era tarea de Perón frenar esa marejada. Poner orden. No hay unidad nacional sin orden. Perón tenía que hacer la más excepcional de sus jugadas de Mago de la Historia: *Pasar del “al amigo todo, al enemigo ni justicia” al “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”*. ¿Quién ha desatado semejantes fuerzas para llegar podrá frenarlas para mantenerse?

“Perón”, dice Jorge Antonio, testigo privilegiado si los hay, “estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él” (Pigna, *Ibid.*, p. 245). Jorge Antonio había comprado *Primera Plana* y se la dio a los Montoneros. Era una joda: de pronto, teníamos *Primera Plana*, la revista de los exquisitos de los sesenta. Hasta salimos los de *Envido* en una nota que nos hizo el luego desaparecido Leonardo Bettanín. Leonardo la tituló: “Los jóvenes lúcidos”. ¡Para qué! Las cargadas fueron infinitas: “Che, José, yo creía que eras un tipo piola, no un joven lúcido”. La cosa es que todos salían en *Primera Plana*. Guillermo Gutiérrez por *Antropología del Tercer Mundo*. Alcira Argumedo, que hablaba de los curas del Tercer Mundo y de Mugica y le pusieron como título irónico: “De curas y ricuras”. La “ricura” era Alcira, que era muy bonita, en serio. Flaca inteligente de grandes ojos verdes. La cuestión es que Jorge Antonio los conoce bien a los Montos. En una tapa lo sacan a Martín Fierro con una metralleta cargada a la espalda, un símbolo un tanto directo. Algunos lectores de la vieja *Primera Plana* se horrorizaban: “Pero, ¡esto es una mierda facho peronista!”. Facho no era. Era bien agresiva y marxista *Primera Plana*. Eso que preocupaba a los hombres de orden de la Argentina, según Sánchez de Bustamante. Sigue Jorge Antonio: “El tenía contactos, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: ‘Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema’. El me dijo: ‘No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa’. Le dije: ‘Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde’. Me dice: ‘No. Quédese tranquilo que eso lo manejo muy bien’” (Pigna, *Ibid.*, p. 245. *Cursivas nuestras*).

KIRCHNER: OTRA VEZ EL “PERONISMO INTOLERABLE”

En suma (y por el momento), Perón no puede organizar el país y muere en medio de un esfuerzo que ya era demasiado para él. Ahora se trata de lo principal: frenar el “foco marxista de tremenda agresividad”. Lo intenta Lopécito con la Triple A. Pero es ineficaz, desordenado. Los militares esperan. Dejan que todo se pudra, se caiga a pedazos. Contribuyen al caos. Y dan el golpe. Se acabó el peronismo. Perón está muerto. El foco marxista es aniquilado con una celeridad humillante. Los meten y los masacran en los campos de concentración. *La Argentina ha solucionado el problema que arrastraba desde 1955*. Recién se resuelve en 1976 con una masacre que se lleva treinta mil vidas. Luego viene la democracia y el peronismo pierde en las urnas por primera vez. No hay problema. Gobierna Alfonsín. Cuando se hartan de él le hacen un golpe de mercado y... ¡le entregan el gobierno a un peronista! Que el Poder en la Argentina haga esto es impensable. Pero no: el Poder se lo ceden a Carlos Menem, quien, con la complicidad del justicialismo, lleva a cabo el programa del establishment. El neoliberalismo arrasa con la Argentina peronista. Se desmontan las nacionalizaciones del Estado keynesiano. Se aniquila el Estado de Bienestar que constituyó la identidad del pueblo peronista (algo cuya importancia veremos en detalle). Menem se convierte en un hombre del esta-

blishment, del Poder. Es uno de ellos. Al establishment ya no le importan los malos modales, las toquedades de quienes le sirven. Al muñeco le permiten todo. Hasta que lo ponga a Rosas en los billetes de veinte pesos. Luego De la Rúa. Luego la transición de Duhalde. Y luego... la desagradable sorpresa. El peronismo retorna. Néstor Kirchner, para colmo, no sólo recupera el rol del Estado, los toques keynesianos, el intento de redistribución del ingreso, sino que incorpora a su gobierno a muchos de los que formaban, en el pasado, el “foco maléfico”, el “eje marxista del mal”. Con Kirchner el peronismo vuelve a ser intolerable. De aquí tanto odio. Las divisiones. Las peleas. Caramba, ¡después del Perón del ’45-’55 no hubo un gobierno más podridamente peronista que éste! ¡Abran fuego como en los viejos tiempos! Creíamos tenerlo dominado al peronismo. Y éstos se atreven a cualquier cosa. Nos juzgan a los militares del Proceso, que hicieron su tarea de un modo desprolijo, pero la hicieron. Había que hacerla. ¡Hasta Perón, de haber vivido, la habría hecho! (Mentira: Perón estaba muy lejos de Videla. No era un asesino. Bajo su gobierno murió Ingalinella en manos de la policía de Rosario. Hubo torturas, pero muchas menos que en la Libertadora y en el *Conintes* de Frondizi. Nada justifica nada. Ni una simple tortura. Pero el gobierno que menos muertos tiene es el de Perón. ¿Qué habría hecho para frenar a las formaciones especiales? Algo se vio y no fue precisamente agradable. Alzó contra ellas a una canalla delictiva. Pero estaba sorprendido. Como sea, sobre este tema sólo conjeturas se pueden hacer. Nada podría convencerme –de todos modos– de que Perón habría sido capaz ni del 2% de las atrocidades del Proceso. Acaso su muerte se deba a que veía que esa tarea –la de la represión intensiva de las formaciones especiales– le sería inevitable y se sintió sin fuerzas ni convicciones para hacerla. Es una suposición, sólo eso. Pero agradecería su cuidadoso tratamiento. Perón podía gritar y amenazar con fuerza. No era un asesino. Videla, Massera, Bussi, Saint-Jean, Vilas eran matarifes. Y los sectores civiles que los apañaron y... Mejor, por ahora, nos detenemos aquí. No tenemos espacio para analizar problemas como el de la culpa colectiva. Si llegamos, sería deseable, a la dictadura procesista, lo haremos.)

Dijimos, de Perón, “estaba sorprendido”. Analicemos esta sorpresa. ¿Qué le pasó al “Viejo Genial” cuando aterrizó en la patria? Se acabaron las “genialidades”. La cantidad de torpezas que cometió fue considerable. Ciertamente tenía que frenar lo irrefrenable. Lo que él había lanzado al frente de guerra con furia incontenible. ¿Qué creía el Viejo? ¿Que hablaría y se le someterían? Cuánto Ego, general. Qué costo tan alto el de ese Ego. Qué mala, inexacta versión de la realidad le entregó. Usted no estaba bien. En febrero de 1973 lo operan de próstata. Durante la operación tiene un infarto. Al poco tiempo, en Madrid, lo visita Juan Manuel Abal Medina, secretario del Movimiento Nacional Justicialista, que usted puso con buen tino y mucho agrado. Veintisiete años tenía Juan Abal. Se sienta frente a usted, que está reponiéndose. “¿Cómo está, general?” “Bien, doctor. ¿Qué novedades me trae?” Abal Medina es un personaje querido por la JP. Es el hermano de Fernando. Que él esté donde está, como secretario del Movimiento, es una garantía. Tal vez debió sacarle el paraguas a Rucci durante el primer regreso de Perón, allá, en Ezeiza, cuando el líder bajó del avión. ¿Qué derecho tenía Rucci, que no había hecho casi nada para traerlo a Perón, de cubrirlo ahora, protegiéndolo, con ese paraguas, que era, súbitamente, un símbolo poderoso? Juan Manuel debió haber hecho eso. Pero Rucci estaba agrandado. Ya Perón le había dicho: “Me voy a respaldar en ustedes. En el sindicalismo organizado”. Pero a Juan Manuel se lo quería. La JP, en sus marchas, cantaba una consigna fuerte y clara: “Abal Medina/ el nombre de tu hermano/ es fusil en la Argentina”. Ahora, Juan Abal, está frente a Perón, que acaba de preguntarle “¿Qué novedades me trae?” El joven Juan Manuel empieza a hablar. Se concentra en lo que dice. De pronto, lo mira Perón. El Viejo se ha quedado dormido. ¿Así, general, quería usted frenar a la izquierda peronista? ¿En ese estado de salud? Cossio y Taiana se lo dijeron: “Si no vuelve a la Argentina podrá vivir dos años. Si vuelve, seis meses”. Así ocurrió.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

“Vuelve Perón,
Flaco”

IV Domingo 30 de noviembre de 2008